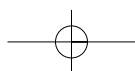




Fotos de Elisa N. Cabot



# La Revolución, paso a paso

## Entrevista a Haiman El Troudi

por Miguel Riera

**C**on sólo 38 años, este intelectual que es al tiempo ingeniero y poeta, ha ocupado diversos cargos en el gobierno revolucionario venezolano. Nombrado Ministro de Planificación y Desarrollo, asume la responsabilidad de integrar en una visión estratégica común a quienes intervienen en la búsqueda de los nuevos derroteros económicos del proyecto socialista.

—¿Cómo te iniciaste en la política?

—Siendo adolescente tenía una vocación que me empujaba hacia el mundo literario y teatral en un pueblito del interior de Venezuela, en el estado de Barinas, en un pueblito que se llama Barinitas. Allí ha habido una actividad cultural muy intensa desde hace muchos años, y han surgido varios poetas, también de mi generación. Humildemente me puedo incluir entre ellos. Hice teatro y luego acudí a algunos talleres de iniciación literaria. La vida cultural giraba en torno a un Ateneo que actuaba como un imán para quien eventualmente tuviera intereses de ese tipo. En ese pueblo se armó un núcleo de la retaguardia del Partido de la Revolución Venezolana, que andaba en la guerrilla. Era un aliado de la retaguardia de los frentes guerrilleros, organizado por militantes que todavía hoy viven allá, viejos activistas políticos con quienes uno tenía rápidamente contacto porque estaban todos vinculados al Ateneo. Allí empecé a tomar conciencia política. Luego en la Universidad... te contaré una anécdota. Yo tenía resuelto mi ingreso en la Universidad, que entonces no era fácil, porque mis padres habían contactado a una persona que traficaba con cupos de ingreso en la oficina de registro estudiantil... Yo voy a verme con esa persona y cuando llego a la oficina del registro estudiantil me encuentro con que hay unos jóvenes tirados en una colchoneta peleando por su cupo, y lo que hice fue tirarme en la colchoneta con ellos... Estuve nueve meses preinscrito... Asumí la dirección de ese movimiento de preinscritos, que fue muy combativo y de allí fue como muy natural pasar a una militancia plena en el movimiento estudiantil. Fundamos un

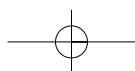
movimiento estudiantil de izquierdas, estoy hablando del 89-90... y me expulsaron.

—¿Tuviste que abandonar la Universidad?

—Estuve expulsado un poco más de tres años y un poco más... En ese tiempo yo estaba cercano al grupo de La Desobediencia, en mi grupo nos llamábamos Desobediencia Popular, conectado con lo que fue ese grupo es lo que se llama hoy el Movimiento 13 de abril: Carlos Lanz, Roland Denis, el Negro Villafaña, Luis Damiani, entre otros. Gané las elecciones a la Federación de Centros Universitarios, me la escamotearon los Adecos [socialdemócratas del partido Acción Democrática], acabé los estudios y luego me fui a Barinas, siempre conectado con el mundo teatral y el mundo literario...

—En esos años las universidades estaban muy politizadas...

—Las Universidades fueron el epicentro de agitación social durante los ochenta y los noventa. Y nosotros estuvimos siempre al frente de las barricadas. El movimiento estudiantil estaba muy vinculado a sectores residuales de los grupos de izquierdas, de los movimientos guerrilleros insurreccionales que fueron derrotados a principios de los ochenta. Pero todos se atrincheraron en las Universidades y desde ellas algunos profesores y estudiantes siguieron desarrollando una agenda de orden político. Mérida, Carabobo y Caracas eran los grandes ejes de agitación estudiantil. Nosotros participamos en los planes insurreccionales del 27 de noviembre del 92, que fue la segunda intencional de golpe después del fallido golpe militar del 4 de febre-



ro en el que Chávez acabó en la cárcel. Nosotros nos dedicamos a preparar el plan de retaguardia para quienes eventualmente necesitaran un corredor hacia Colombia, en el eventual escenario de un fracaso. Ahí tuvimos nuestro primer contacto con el movimiento militar. Luego liberaron a Chávez, nosotros seguimos siendo estudiantes y no entramos aún en sintonía con las propuestas que el movimiento bolivariano revolucionario empezó a desarrollar.

—¿Y cuándo se produjo la sintonía?

—Ya después de dejar la Universidad, con el debate sobre la nueva Constitución. A partir de entonces ya me involucré de lleno en la política bolivariana; primero en Barinas, y luego en Caracas, donde después de diversas experiencias acabé en Miraflores, donde estuve desde el 2003 hasta el 2006, tres años. Poco a poco el presidente me va dando responsabilidades y me asigna para el 2004 la primera gran responsabilidad, actuar como secretario del Comando Maisanta, que fue el Comando electoral que llevó el tema del referéndum revocatorio. Tras ejercer la responsabilidad de la dirección del Despacho de la Presidencia, tuvimos el encargo de crear el Centro Internacional Miranda, y luego el Presidente me llamó a este Ministerio.

—Acompañando esa trayectoria, has publicado varios libros. ¿Cuántos?

—Nueve, creo, de temas distintos. Fundamentalmente de sistematización de lo que está pasando en Venezuela.

—Uno de ellos es sobre la historia de la revolución bolivariana...

—Sí, lo escribí con Luis Bonilla, en el 2004. No lo hemos actualizado.

—¿Se puede hablar de etapas en la Revolución?

—Desde luego. Nosotros identificamos tres etapas, es algo que hemos escrito en el libro que trabajamos con Monedero. Una primera etapa es la que llamamos paliativa, en la que no se tenía un plan estructurado de lo que se quería hacer, no se tenía experiencia de gobierno, ni cuadros que poner al frente de las funciones de gobierno, no se contaba con recursos económicos suficientes, no se tenía control real de los ejes estructurantes del gobierno... Es una etapa turbulenta en la que mucha gente que hasta hacía poco había defendido propuestas socialdemócratas o demócratacristianas eventualmente pasa a acompañar una propuesta que fundamentalmente se entendía como naciona-

lista y populista. Populista en tanto en cuanto se alinea en la perspectiva de saldar deuda social, y eso es positivo y necesario, utilizando una suerte de terapia de choque para tratar rápidamente de paliar tanta inequidad, tanta exclusión... Y comienza un conjunto de planes sociales. El presidente Chávez se apoya en la fuerza armada, ante la ausencia de un partido la usa como brazo ejecutor de política pública, y entonces nace el Plan Bolívar 2000, que era un plan que iba a reparar viviendas, a atender necesidades primarias casas, etc. Era puro asistencialismo, pues el gobierno iba, resolvía y se retiraba. Y era nacionalismo porque se cierran filas ante las premisas neoliberales de desmembramiento del Estado-nación.

—Desmembramiento, ¿en qué sentido?

—Durante la década de los ochenta y noventa el Estado-nación fue muy golpeado, directa e indirectamente. Aquí inclusive se llegó a hablar de disolver la Fuerza Armada reduciéndola a una policía nacional, lo cual por cierto tocó la fibra patriótica de los militares del país. Y por supuesto estuvo todo el proceso de privatizaciones, que conducían en la práctica a un desmembramiento del Estado. Hablo de nacionalismo entendido no como práctica xenofóbica, sino como algo centrado en la idea de salvaguardar los postulados del Estado-nación que conocemos. Ese es un primer momento que se desarrolla paralelamente a la propuesta de una nueva Constitución, con los sectores que históricamente han medrado con la renta petrolera acomodándose ante el nuevo marco dando su apoyo al Presidente, rodeándolo hasta en la intimidad. Un ejemplo: su ex esposa ahora es una líder de la oposición. Luego se aprueba la Constitución, muy avanzada pero matizada por gazapos, de los cuales no nos dimos cuenta hasta muy entrada la Revolución. Ese primer periodo se cierra con la aprobación de las leyes habilitantes, un primer punto de quiebre, porque se toma control de la renta

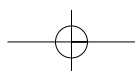
petrolera a través de la Ley de Hidrocarburos, y se toma control del problema de la tierra a través de la Ley de Tierras y de Desarrollo Agrario. Son leyes fundamentales, que otorgan capacidad jurídica suficiente al Estado para recomponerse y consolidarse. Fue en el 1999 cuando se toma posesión del gobierno, pero no es hasta el 2001 que

se puede elaborar el primer plan de desarrollo.

—Leyes que crearon un fuerte rechazo en la oligarquía y en amplios sectores de las clases medias...

—Sí, las tensiones comenzaron a extremarse y arreció la embestida de los sectores que progresivamente venían perdiendo pri-

**Se habían dado las primeras pautas en la Constitución, por ejemplo, el carácter democrático de la Revolución: participativo y protagónico.**



vilegios. Todo eso desemboca en el golpe de Estado del 2002, con el apoyo de la patronal, de la Confederación de Trabajadores de Venezuela, de todos los partidos de oposición, y de tránsfugas de la revolución que saltan a la otra acera dando por buenas las elaboraciones que provenían del imperio... eso está suficientemente documentado y probado. Pero finalmente esas turbulencias permitieron que el proceso fuera configurando su propia identidad, que no la tenía bien definida. Se habían dado las primeras pautas en la Constitución, por ejemplo, el carácter democrático de la Revolución: participativo y protagónico. Y se habían dado algunos intentos, como los Consejos Locales de Planificación Pública, pero fueron experiencias muy fugaces.

No fue hasta después del 2003, cuando se superan todos esos avatares, que aparecen las misiones sociales y con ellas formas innovadoras de apelar a las vetas profundas de la participación popular en los asuntos públicos, pasando por encima de una anquilosada e ineficiente gestión estatal.

—¿Cómo se pasa por encima de la gestión estatal?

—Por ejemplo a través de las misiones. Las misiones propiciaron una especie de *bypass* con las instituciones que habíamos heredado. Las misiones recogen esfuerzos y recursos de diferentes instituciones, con la participación de la gente. El populismo empieza a tomar ahora otra forma, porque la gente recibe la asistencia pública del Estado pero se involucra en el desarrollo de la gestión social de sus reivindicaciones. Imagina por ejemplo el caso de la escuela que antes iba a ser rehabilitada por los militares o por una cuadrilla del gobierno. Una vez acabado el trabajo los militares o la cuadrilla se retiraban. Ahora era la propia comunidad que establecía una suerte de diagnóstico participativo, un inventario, un registro de prioridades, organizándose en torno a esa necesidad, determinando que ese era un elemento central que tenía que ser atendido. Entonces los recursos se otorgaban y la propia comunidad se organizaba para involucrarse directamente en la gestión de esa obra pública y luego en su mantenimiento. Es la gente que está allí la que comienza a involucrarse, generando dinámicas de gestión popular que surgen en aluvión... Comités de salud, Comités de educación, las Mesas Técnicas para resolver problemas de agua, de electricidad... Es decir, la gente se organiza ahora sectorialmente y el Estado se constituye en un facilitador para que eventualmente la gente busque la resolución de sus propios asuntos con el apoyo del músculo del Estado.

—¿Así se inicia la segunda etapa?

—Así es, con la aparición de las misiones, superado el episodio del golpe de Estado, entramos en una segunda fase de la Revolución. Nosotros le llamamos la fase estructural, es decir, la fase

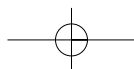
que tiene como características principales que la democracia participativa empieza a expresarse, y que el gobierno empieza a tomar el control del Estado. Ahora se tiene mayor músculo para poder efectivamente resolver problemas concretos. El precio del barril del petróleo aumenta, son mayores los ingresos que se reciben y a partir de eso se empieza a explorar un mecanismo propio de redistribución de la renta. La gente enseguida se da cuenta de que esa redistribución trasciende los formatos que históricamente el pueblo había conocido, sobre todo en la época de los Adecos, cuando se empezó redistribuyendo la renta pero al término de los años era obvio que un pequeño grupo se apropiaba de grandes volúmenes de esa renta y luego ya era lo residual lo que se redistribuía... Ahora se redistribuye sin ningún tipo de pacto de clases y sin privilegios hacia ningún sector específico, y eso lo observa claramente la gente, observa todos los avances sociales, y ve que anticipadamente comenzamos a cumplir las Metas del Milenio, a pasos agigantados. Es el momento estructural de la Revolución.

—¿Y después?

—En los albores del 2005 se produce un segundo punto de inflexión, cuando el Presidente Chávez realiza una reunión de alto nivel con los cuadros fundamentales del proceso, esto es dirigentes políticos, sindicales, del gobierno, diputados, etc. Y allí delimita diez líneas de reorientación de la Revolución, lo que de alguna manera no es más que una manera de dar un golpe de timón al plan de desarrollo 2001-2007 que se había elaborado al finalizar la primera etapa paliativa, en los inicios de la segunda etapa. Porque lo que el Plan recogía no daba cuenta de un proyecto revolucionario que trascendiera la esencia nacionalista y populista. Se definen esos diez grandes objetivos y dos meses después el Presidente proclama el carácter socialista de la revolución bolivariana. Ya había proclamado, meses atrás, el carácter antiimperialista, pero ahora trasciende la condición anticapitalista y establece el carácter socialista de la revolución bolivariana en enero de 2005. Y ahí empieza lo que de alguna manera hemos definido como la tercera etapa, la etapa de la transición al socialismo.

—¿Qué aspectos caracterizan esa transición?

—En esta etapa se apunta ya un balance muy positivo de la Revolución, y no solamente desde el punto de vista de los logros que podemos exhibir, con deficiencias, con omisiones, con errores, es cierto, pero que en cualquier caso nos permiten hablar de avances significativos en la senda socialista. Por ejemplo, en el plano superestructural, ¿cómo negar que este pueblo se ha politizado? Y lo ha hecho adoptando una perspectiva bien diferente a la que dicta el imperio. La mitad de la población



ahora mismo está en clase, y ese es un avance importante, pero más allá de que hayamos alfabetizado a toda la población analfabeta, más de un millón y medio de personas, más allá de eso estamos hablando de que este pueblo efectivamente está avanzando en la comprensión del mundo, y eso por supuesto está relacionado con su politización. Y cuando bajamos de la superestructura al plano estructural, observemos lo económico, lo social y lo político. Lo social casi no hace falta ni mencionarlo... No voy a hacer aquí propaganda, te invito simplemente a que revises los indicadores, y constatarás avances muy significativos. Avances en los que se solapa lo social con lo político, porque el componente organizativo, paralelo a la concienciación de la muchedumbre, permíteme que use esa expresión nada peyorativa, ha sido el punto de partida para todos los intensos y activos procesos de participación política que hemos visto en estos años. Una participación que expresa una superación del capitalismo en la medida en que la gente sencillamente deja atrás la burbuja individualizante de preocuparse sólo por sus propios asuntos y trasciende a lo social en búsqueda de soluciones para su entorno, para su comunidad.

—¿Y en lo económico?

—Ahí es donde tenemos aún rezagos, estamos en búsqueda de nuevos modelos. Pero también hemos ido avanzando: por ejemplo en el control estatal de los medios de producción fundamentales, de las empresas estratégicas. Las condiciones de vida de la población han mejorado, dado que efectivamente se ha logrado redistribuir renta, con todos los matices que se quiera, de una forma más eficaz de lo que históricamente se había hecho en Venezuela. Es verdad que todavía estamos en un momento en el que confluyen diversas expresiones de organización económica en la sociedad. Persiste una clara tendencia al capitalismo de estado, puesto de manifiesto por el afán estatizador y de control de muchas áreas fundamentales. Pero también persisten dinámicas liberales, sobre todo atribuibles a las políticas monetarias, fiscales, de protección a la producción nacional, etc. Hay un fuerte componente liberal en la forma cómo se planifica la economía del país. Ambas tendencias están coexistiendo. Hay un componente que también se insinúa, a veces asociado con el socialismo de mercado, siguiendo la experiencia china de las zonas económicas especiales de desarrollo...

—¿Aquí hay zonas de esa naturaleza?

—Sí, por ejemplo hay una zona que se está desarrollando con fuerza en Paraguaná, y ha habido otras experiencias que po-

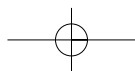
drían incluirse en ese concepto. Pero también están emergiendo nuevas formas de organización económica de la sociedad. Como la propiedad comunal, propuesta en la Reforma del año pasado que no llegó a cristalizar constitucionalmente, pero que sin lugar a dudas expresa una forma alternativa, distinta, innovadora de cómo se entiende el hecho productivo desde la base organizada, sin el proteccionismo estatal. O, por ejemplo, las expresiones de formulación de presupuestos participativos autogestionados que tú mismo pudiste comprobar en Urachiche. Se trata del modelo de Porto Alegre con unas variantes bien singulares, y es que la comunidad se organiza para definir las prioridades de inversión con recursos públicos, pero son las comunidades las que discuten el destino de los excedentes que genera una actividad económica cuyo propietario es la propia comunidad. Para terminar, en este momento de la transición hay indefiniciones, que están atravesadas por estos cuatro elementos, que están mezclándose permanentemente. Ignoramos cuál será la resultante, algunos autores hablamos de que estamos en la transición a la transición socialista. Pero hemos aprendido de experiencias nacionales, regionales (la cubana, la nicaragüense, la chilena) y de nuestras propias experiencias, de nuestro acervo histórico, de la gesta independentista... porque hay un pensamiento liberal pre-socialista, o pre-socialista utópico en alguno de nuestros próceres de la independencia, luego todos los procesos posteriores, la guerra federal, etc. Y también hemos aprendido de los errores, aciertos y omisiones que se cometieron en el campo socialista en el siglo XX. Ante la pregunta de qué es el socialismo del siglo XXI, siempre decimos que lo que sí sabemos es lo que no debe ser el socialismo del siglo XXI a la luz de ese balance crítico-histórico que hemos hecho.

—En ese rumbo al socialismo, el fracaso, la no aprobación de la Reforma ¿implica una inflexión, una aceleración, un cambio de estrategia, una rectificación...?

—Sobre lo que sucedió se ha escrito ya suficientemente. Sobre las consecuencias... bueno, yo creo que la no aprobación nos llevó a entender primeramente que esta Revolución puede ser vulnerable. Nos sentíamos invencibles. Esa fue la primera gran lección. Segunda gran lección: que hay que conducir-

la en términos de proceso, de que no podemos buscar un atajo para llegar al socialismo, sino que es una construcción que se va elaborando en el sentido gramsciano de la edificación de la nueva contrahegemonía. Es decir, el camino largo de ir avanzando e ir tomando control de espacios, recalcando que el ca-

**Ante un escenario mundial de alza de precios de materias primas, de alimentos y energía, nosotros importamos inflación.**



rácter fundamental de la Revolución es que es pacífica, y eso supone grandes consensos, derivados de convencer, disuadir, educar... No parece que se estuvieran dando las condiciones subjetivas y objetivas necesarias para que pudiéramos definir el modelo socialista mediante decretos, resoluciones, o políticas públicas. Un tercer elemento importante es que el modelo todavía no está suficientemente elaborado, necesitamos mucho debate y sobre todo poder comprender lo que está pasando, sistematizarlo para, sobre la base de esa revisión, interpretar nuestros propios códigos, nuestra ética, nuestra es-



tética, nuestros postulados, el imaginario social que se ha ido formando, etc. Tampoco tengo claro qué hubiera pasado si se hubiera aprobado la reforma constitucional, a lo mejor hubiera resultado y hubiéramos avanzado más deprisa... Pero lo que sí sé es que es el momento de revisar la Revolución, de hacer balance, para rectificar, reconocer que cometimos errores, porque claro, es difícil hacer mejor las cosas cuando la cultura heredada es clientelar, paternalista, rentista. Uno de los grandes desafíos de este momento es que podamos superar, tanto en el plano superestructural como en el estructural, el modo rentístico que está subyacente. Nos hemos dado cuenta de eso. Porque por más acaudalados que seamos, y aunque podamos tratar de solventar los problemas a fuerza de recursos económicos, los problemas siguen estando ahí y más bien la solución de un problema por esa vía desencadena muchos otros problemas.

—*Esta forma de entender el proceso revolucionario tiene muy pocos precedentes. Ni siquiera el Chile de Allende es comparable a lo que está sucediendo aquí.*

—Esta es una Revolución muy particular, que no sé si tiene parangón en la historia de la humanidad, que no es comparable con los procesos socialistas que se han ido construyendo en todos estos años. Y está por ver cómo se expresa un socialismo rentístico y cómo se puede moldear, por eso lo que está ocurriendo acá no puede ser extrapolado a ninguna otra parte. Estamos ante sujetos sociales distintos, condiciones materiales

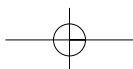
distintas, procesos históricos distintos a lo que está ocurriendo en Bolivia, en Ecuador, en Nicaragua o en la misma Cuba...

—*La oposición acusa al gobierno de querer cubanizar Venezuela.*

—Más bien es a la inversa. Hubo un momento en que sí, cuando por la lógica de la emulación socialista quisimos poner en práctica experiencias exitosas cubanas. En algunos casos nos ha funcionado muy bien, en otros no. Claro, no tenemos la disciplina, ni la cultura del pueblo cubano. Pero ahora es al revés, ahora, hasta lo reconocen algunos compañeros cubanos, estamos venezolanizando Cuba. Y eso es muy peligroso, porque no se puede venezolanizar Cuba... Entre otras cosas porque Cuba no cuenta con los recursos con los que cuenta Venezuela. Así como nosotros no podíamos implementar algunas políticas cubanas porque no estamos administrando la escasez, al contrario, estamos administrando la abundancia. El estado ideal según Marx para construir el socialismo, pero el problema es que la abundancia no viene dada por la vía de la acumulación generada por el desarrollo de las fuerzas productivas sino por la vía de la renta... Ahí está lo *sui generis* de esta Revolución...

—*Hablemos de economía. Uno de los mayores problemas es la inflación, muy alta...*

—Para nosotros la inflación es un mecanismo capitalista de reapropiación de la renta, eso está claro. Porque un componente que participa en la inflación es el elemento especulativo y eso está genéticamente emparentado con la lógica del capital. Pero



hay otros componentes, como la apuesta por el crecimiento económico que estamos viviendo desde hace ya cuatro años y medio. Un crecimiento sostenido, 11,5 en promedio en estos años, que no es cualquier cosa. Y por supuesto, todo crecimiento comporta alzas de precios, eso es obvio. Además la propia estructura de la economía venezolana fomenta la inflación, porque es una economía rentística que ha tenido unos sectores productivos que históricamente han medrado bajo la sombra del Estado, a través del clientelismo partidista, que ha ido directamente a la yugular del Estado, o que lo hace de forma indirecta a través de otros mecanismos de reapropiación como la inflación, las altas tasas de interés, los altos precios de productos producidos a bajo costo, etc. Es un Estado muy dependiente que no tiene un sector empresarial empeñado en el desarrollo del aparato productivo nacional, por lo que casi todo lo tenemos que comprar en el exterior. En consecuencia, ante un escenario mundial de alza de precios de materias primas, de alimentos y energía, nosotros importamos inflación. Eso desde el punto de vista de la oferta. Pero si contemplamos la economía desde el punto de vista de la demanda, entonces vemos un escenario de mejora del poder adquisitivo de las mayorías nacionales, que sitúa muchos bolívares detrás de productos escasos. Eso, por supuesto, genera un escenario donde la especulación medra.

—¿Cómo combatirla, entonces?

—La solución no viene dada por las recetas neoliberales que normalmente recomienda la Escuela de Chicago, de incremento de las tasas de interés, reducción de la liquidez, etc. Históricamente, esas premisas macroeconómicas neoliberales no han funcionado en Venezuela. Por ejemplo, la receta dice que es necesario producir una sequía en la liquidez para contener la inflación. Pues aquí ha habido tasas de inflación muy, muy altas, con sequías muy, muy secas. O tasas de inflación muy, muy altas con mucha liquidez. Ha habido de todo y por largos periodos de tiempo, o sea que no vale esa receta. Nosotros entendemos que la forma adecuada de combatirla es fundamentalmente por la vía de la oferta, es decir, mediante el desarrollo de las fuerzas productivas. Para ello, debemos delimitar una política económica bolivariana en la que quede bien determinado el papel que debe jugar cada uno de los sujetos productivos dentro de las distintas cadenas de producción. ¿Debe el Estado controlar como actor todos los ciclos de la cadena? Esa sería la respuesta estatista del modelo dogmático que algunos implementaron desde su interpretación del socialismo. ¿Debe el sector privado intervenir? ¿En qué áreas? Y si interviene, ¿cómo garantizamos

**Nos hemos fijado como meta convertirnos en el mediano plazo en una potencia intermedia mundial.**

que no se produzcan elevadas concentraciones de capital, transacciones monopólicas u oligopólicas? ¿Deben las comunidades organizadas a través de la economía social intervenir? ¿En qué eslabones de la cadena? Ahí estamos, en la búsqueda del papel que deben jugar los distintos actores que intervienen en la dinámica productiva nacional.

—Este intento de combatir la inflación desde la oferta, ¿es lo que subyace tras esta nueva política que se implementa ahora en lo que llamáis el reimpulso productivo?

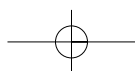
—De alguna manera sí. Aunque realmente lo que estamos haciendo es materializando lo plasmado en el Proyecto Nacional Simón Bolívar. Este es el Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación para el periodo 2007-2013. Ahí se establece en cierto modo lo que ha de ser el modelo productivo en la transición al socialismo. Y básicamente este modelo productivo establece la estructura mixta de la economía productiva en el período de transición, en el que partimos de un PIB en el que los aportes de la empresa privada son casi el 70%, las empresas del Estado aportan el 29% y las empresas de producción social suponen unas décimas más del 1%. La idea es avanzar hacia el desarrollo de las fuerzas productivas de cada uno de estos sujetos sociales y entonces buscar una armonización, delimitar cuánto mercado, cuánto Estado. Hay ahora un tercer actor, en el hecho productivo tenemos un triángulo económico: Estado, mercado, sociedad civil organizada. Y este nuevo actor tiene un papel determinante. Con el reimpulso productivo se trata de buscar las distintas formas a través de las cuáles poder organizar esta dinámica productiva nacional, desde el desarrollo particular y propio de cada uno de los sujetos hasta las asociaciones mixtas entre privados y el Estado... pero recordando siempre que lo

que está en juego es la redistribución de la renta y el que capta la renta es el Estado. En consecuencia el Estado dispone de mecanismos fundamentales para incidir en el modelo de desarrollo. Y no hay que olvidar que aun cuando sólo representa el 30% aproximadamente del PIB, el sector público es el sector determinante, el que puede matizar la evolución futura del nuevo modelo

productivo nacional.

—Para finalizar, ¿podrías especificar cuáles son los principales temas de los que se ocupa este Ministerio?

—Básicamente estamos tratando de ordenar y coordinar a todas las partes que intervienen en la búsqueda de los nuevos derroteros del proyecto socialista. Nos enfrentamos a un conjunto de interrogantes en relación a cuál ha de ser el modelo de



gestión de las empresas públicas, cuál el sistema de costos, cuál el papel de cada uno de los actores que ya he citado en las distintas cadenas productivas, lo cual supone identificar modelos creativos que trasciendan la forma históricamente recurrente de redistribución de la renta, porque aunque hemos avanzado en la disminución de la brecha que separa al capital del trabajo, todavía no hemos llegado al estadio en el que nos sintamos a gusto. Te pondré solamente un ejemplo: ahora mismo el sistema financiero y asegurador del país se apropia del 32% del PIB nacional. ¿Cómo podemos diseñar una estructura de redistribución que ofrezca una satisfactoria relación capital-trabajo? ¿Cómo trascendemos el diseño impositivo actual para que sea menos regresivo y más progresivo? ¿Cómo determinamos el tema de la ganancia para cada uno de los sectores? Y, por supuesto: ¿cómo compatibilizamos los distintos sectores de la economía para que se orienten en una misma dirección, en la dirección marcada por la planificación de nuestro desarrollo? Y ese es el segundo punto. Una segunda gran línea que estamos abordando y que tiene que ver con el tema de la planificación sobre todo asociada al ámbito territorial y sectorial. Porque nos hemos fijado como meta una gran idea fuerza: convertirmos en el mediano plazo en una potencia intermedia mundial.

—Una potencia mediana mundial la llamó el Presidente. ¿Qué quiere decir eso exactamente? ¿Se refiere a una potencia militar, demográfica, territorial?

—Bueno, queremos trascender esas formas clásicas de interpretar la idea de potencia mundial y ser modestamente una potencia mediana en áreas específicas. ¿Cuáles son esas áreas? Una es la diversificación de la balanza de pagos, que no solamente se apoye en la captación de divisas producto de la venta petrolera. ¿Cómo? Estamos trabajando ya en esa dirección, en cómo entendemos el modelo de desarrollo para convertirnos en una potencia y cuál es el plan asociado a ello. Es un trabajo extraordinariamente apasionante, como por ejemplo el plan de desarrollo del eje Apure-Orinoco. El Apure y el Orinoco son los dos ríos navegables de Venezuela que nada más y nada menos acarician por una de sus riberas a la más importante reserva de petróleo del mundo, la faja petrolífera, y por la otra una de las mayores reservas de biodiversidad, la amazonía. Tiene los dos frentes como fachada. Este Ministerio está poniendo mucho énfasis en ese plan de desarrollo.



La tercera línea de trabajo tiene que ver con la edificación del nuevo Estado. ¿Cómo interpretamos y cómo edificamos el nuevo Estado socialista? Obviamente hay que trascender la anquilosada lógica burocrática de las instituciones que hemos heredado. Un cuarto componente es el de la formación de nuestros cuadros y ahí estamos a punto de comenzar ya un proceso de escolarización de cuarto nivel de jóvenes profesionales de la administración pública, del partido, del frente social, de los movimientos, que van a recibir una instrucción larga y sostenida con la búsqueda de una doble cualificación, tanto técnica como política. En eso estamos trabajando también, en esa perspectiva estratégica, la formación del relevo.

También estamos trabajando con el tema de los indicadores. En la construcción de indicadores propios, y todo lo que supone el tema estadístico como soporte científico-técnico del proyecto socialista: cuentas nacionales, determinaciones del PIB, elaboración de modelos de simulación que nos permitan configurar escenarios futuros. Luego está la formulación de proyectos de todo tipo, sociales, de infraestructura, diseño de políticas, etc., pero poniendo un casi obsesivo énfasis en el *seguimiento*. Es decir, completar el ciclo de la planificación, desde la formulación participativa de objetivos y metas, su ejecución y el seguimiento, para garantizar que lo que se está haciendo, efectivamente, sea compatible con lo que se ha diseñado...

—Oyendo esto más que un Ministerio de gestión da la impresión de que este Ministerio es un think tank con capacidad ejecutiva...

—Estamos en esa perspectiva, sí... Avanzamos aprendiendo ■

